

Trouillot, Michel-Rolph. *Haiti, State Against Nation. The Origins and Legacy of Duvalierism.* Estados Unidos, Montly Review Press, 1990, 284 pp.

El acceso a la prolífica obra del haitiano Michel–Rolph Trouillot (1949-2012) es de reciente acceso en nuestra lengua, debido a la paulatina y lenta traducción del inglés y el créole. Si bien estas no han aparecido en el orden correlativo con el cual fueron originalmente impresas, las ediciones en castellano, primero de *Global Transformations. Anthropology and the Modern World* (2003) y después de *Silencing the Past* (1995), nos aproximan a una vasta trayectoria que no solo transitó por disciplinas como la antropología, la ciencia política o la historia, sino que, también, dejó importantes aportes para una reflexión descentrada, crítica con la académica eurocéntrica que lo cobijó ante la persecución política que lo expulsó de Haití en la década de 1960.

Haiti, State Against Nation. The Origins and Legacy of Duvalierism es uno de sus libros¹ pendientes de traducción cuyo contenido brinda aportes significativos para los estudios sobre regímenes políticos en América Latina y el Caribe desde el fenómeno de los Duvalier. Una de las dictaduras más duraderas en la región, casi treinta años en el poder, pasando de las manos del padre al hijo. Trouillot enfatiza que el régimen se distingue por su violencia y su carácter totalitario. De un lado, un uso de la violencia sin límite alguno sobre grupos e individuos que anteriormente no eran definidos en términos políticos, como mujeres, menores de edad, personas de la tercera edad, equipos de fútbol, gente que compartía el mismo apellido, entre otros. De otro lado, la capacidad del régimen de abarcarlo todo en una sola persona, reduciendo el Ejecutivo a la figura del mandatario del Estado y logrando

1 Una primera versión publicada en Haití —*Les Racines historiques de l'état duvaliérien* (1986)— mientras se desenvolvían los convulsionados acontecimientos de la caída de la dictadura. Cuatro años después Trouillot reescribió en inglés, como advierte en su obra, la totalidad del libro, pensando en un lector no haitiano. A este segundo manuscrito corresponde la reseña..

que el primero absorbiera al Estado para que luego este engullera a la nación. Esta transustanciación de Duvalier en el Estado y en la nación es definida por el autor como totalitaria. En líneas generales el libro se enfoca en la tensión entre el Estado y la nación en Haití, tomando como momento álgido al régimen de Françoise Duvalier (1957-1971) y su hijo Jean-Claude Duvalier (1971-1986). En conjunto el duvalierismo fue un fenómeno político incubado en las contradicciones largamente irresueltas desde su temprana independencia de la Colonia Francesa, generando una separación insalvable entre la sociedad civil y la sociedad política. El desarrollo de la argumentación del intelectual haitiano está organizado en dos secciones, cada una compuesta de cuatro capítulos.

La primera sección del libro recoge el contexto histórico del país, enfatizando los elementos que permitieron la gestación de la dictadura. Para el autor, la triunfante revolución de 1804 trazó un proyecto distinto al de las masas. Los militares entendieron la emancipación como una autonomía administrativa-política de la colonia, solventada por la apropiación del sistema de plantación. Pero la población, en su mayoría campesinos, entendió la independencia como la abolición de la esclavitud que estaba directamente relacionada con el trabajo en la plantación. En confluencia con lo anterior, las colonias no reconocieron la victoria de la revolución y rechazaron la reanudación de los intercambios comerciales, dejando la revolución a merced de los mercaderes extranjeros privados, quienes funcionaron como intermediarios con el mercado de ultramar y suplieron las necesidades económicas de Haití a través de préstamos que eran pagados con la recaudación de impuestos. El resultado del proceso descrito fue la presencia de un amplio sector de la población que subsiste del trabajo en el campo al mismo tiempo que se convierte en la principal fuente de financiamiento del Estado a través de un sistema de gravámenes sobre las exportaciones e importaciones. En simultáneo, esta estructura selló una alianza entre los comerciantes extranjeros y los terratenientes para la utilización del Estado como medio para la apropiación del excedente del trabajo de los campesinos en beneficio individual. Por último, los sectores urbanos adoptaron un rol parasitario alrededor del Estado, siguiendo la pauta de las élites, solo que ellos lo hacían repartiéndose las plazas laborales del aparato público.

Esta organización de la sociedad haitiana estuvo superpuesta con un factor racial que parte de una línea de color, organizada por principios fenotípicos que dividen a los haitianos entre negros-oscuros y negros-claros, pero entrelazada con otros factores sociales como el nivel educativo, la religión, la capacidad adquisitiva o el origen familiar, delineando un complejo abanico de oportunidades y restricciones para la interacción y la movilidad social. La compleja jerarquización racial adquiere mayor dificultad de aprehensión por los elementos culturales campesinos reconocidos como parte del baluarte nacional por todos los sectores sociales. Así, por ejemplo, entre los estratos altos existe una valoración y práctica en el ámbito privado de la cultura de raíz campesina sin que entre en contradicción con sus valoraciones occidentales.

Lo racial, en definitiva, permea todos los ámbitos de la vida social haitiana, incluyendo la capacidad del Estado para articular alrededor suyo a todos los actores sociales. La situación de los terratenientes es significativa para comprender este proceso. El rechazo de los campesinos al sistema de plantación, junto con la caída de la producción y la falta de capital después de la guerra de independencia, restringieron sus oportunidades, pero produjeron otras opciones según una marcada diferenciación racial. Los terratenientes mulatos o de piel más clara — por sus prácticas culturales más cercanas a occidente, como era el manejo del idioma francés— funcionaron como fachadas o intermediarios para los comerciantes extranjeros, quienes estaban prohibidos de habilitar servicios de distribución, mayoreo o minoreo en el país; al mismo tiempo esta facción de los terratenientes ingresaron a la política financiando y colocando a los presidentes de turno, quienes provenían de los sectores terratenientes de piel oscura que habían adquirido propiedades por sus cargos militares. De ese modo, los terratenientes de piel oscura, aprovechando su reconocimiento como parte de las fuerzas armadas, gobernaron siguiendo los imperativos de los terratenientes de piel clara. Situación similar vivían los sectores urbanos adheridos a niveles intermedios y bajos de la administración pública según su estratificación social. Finalmente, los más perjudicados fueron los campesinos, la gran población negra de piel oscura, generadora de los ingresos del Estado pero aislada políticamente, carentes de intermediación institucional alguna para insertar sus demandas.

Los años de ocupación norteamericana (1915-1934) solo consolidaron el predominio comercial de Estados Unidos en Haití, anulando la heterogeneidad regional que por años organizó las alianzas entre terratenientes y militares dispuesto a tomar las riendas del Estado. Asimismo, la intensificación del racismo durante este periodo visibilizó las diferencias y estimuló un movimiento reivindicativo de la cultura negra que puso en tela de juicio la legitimidad de los mulatos y sus acercamientos a la cultura occidental. El cambio más significativo para Trouillot fue la clausura de la heroica milicia heredera de la revolución por unas fuerzas armadas al servicio de los intereses de los invasores, dedicada a la anulación de sus opositores en el campo y la ciudad.

La segunda parte del libro atiende la dictadura de los Duvalier. Para el autor muchos de los rasgos de la dictadura existían con anterioridad. Por ejemplo, entre el fin de la ocupación extranjera y el golpe de Estado de Duvalier la economía del país ya había entrado en bancarrota y entre golpes y contragolpes los militares condujeron el país al borde de una guerra civil, exacerbando la violencia. La coacción de la prensa y el poder judicial, por su parte, dejaron a su paso la sensación que la vía autoritaria era la única alternativa para superar la crisis. En ese sentido, las condiciones ya estaban dadas y contaban con simpatizantes. Pero la fórmula del poder del régimen no derivó de ese legado, sino de su uso para propósitos privados. La violencia irracional del régimen, en el cual toda víctima inocente era por *default* un enemigo del gobierno, desconociendo los códigos sociales tradicionales e implícitos sobre el respeto a los civiles (no políticos), tenía un valor simbólico: convertir la violencia en algo que lo abarcara todo, en parte constitutiva del día a día y en signo de la omnipresencia de un Estado que solo se obedece a sí mismo. Pero la centralización del poder no se redujo al uso de la fuerza; la dictadura reemplazó la estructura piramidal tradicional por una estructura centrífuga que eliminó la eficiencia como criterio de evaluación de la gestión, debilitando la ética de la función pública y profundizando la corrupción.

El lector podría preguntarse cómo consiguió durar tanto tiempo hasta el punto de heredar su cargo. El libro identifica la confluencia de tres estrategias. Una de ellas consistió en la “autoneutralización”, es decir, el aumento de los grupos con acceso a la política, la economía,

y los recursos ideológicos hasta convertirlos en lo suficientemente numerosos para que en la búsqueda de privilegios individuales ellos mismos bloqueen la emergencia de cualquier oposición o disidencia. En ese sentido, Duvalier eliminó cargos de alto rango en el aparato público y militar para financiar con esos sueldos las posiciones medias y bajas ahora accesibles para los sectores populares. Las iniciativas civiles autónomas al Estado también fueron desmanteladas por medio de la clausura, la creación de organismos paralelos o la sustitución de sus directores por personas del entorno del dictador. Ninguna organización quedó al margen de su cooptación, ni siquiera los *scouts* o la iglesia.

Por otro lado, un régimen de casi tres décadas necesitó del consentimiento de la sociedad civil; esta estrategia se apoyó en tres elementos. Primero, la redefinición del rol redistributivo del Estado al convertirlo en oportunidades laborales para los sectores bajos, en concordancia con la autoneutralización. Segundo, la creación de una milicia civil adicional a la policía secreta encargada de las ejecuciones extraoficiales. De ancha base, cobertura nacional, uniformada y de visibilidad pública, esta organización redefinió la sensación de un Estado presente en todas partes y encubrió la existencia de una policía secreta. Tercero, el duvalierismo como reivindicación de los sectores medios negros-oscuros al cual pertenecía el mandatario de Estado, en tanto único representante político de las masas y conductor de la regeneración cultural y moral de la nación. En otras palabras, la autoproclamación del jefe de Estado como única alternativa para reunificar la nación personificada en él mismo.

Hasta la muerte de Duvalier padre, estas dos estrategias produjeron la normalización la crisis haitiana. Esto quiere decir para el autor que las contradicciones dejaron de percibirse como problemas históricamente irresueltos para naturalizarse como lo cotidiano de la sociedad. De ese modo, la dictadura organizó la arena pública según la dicotomía duvalierista (*makout*) o antiduvalierista (*kamoken*); no obstante, nada detuvo la profundización de la brecha entre el campesinado y los sectores urbanos —medio o pobres— ni su redistribución sobre el territorio con las familias más acomodadas viviendo en Port-au-Prince mientras los centros regionales continuaban en un proceso de pauperización sostenido.

La otra estrategia fue una alianza con la burguesía local y el imperialismo norteamericano a través de la tercerización de la industria de ensamblaje. Ejecutada por Jean-Claude Duvalier pero planificada durante los últimos años de su padre en el poder, los mercaderes-terratenientes que participaban como intermediarios en la exportación agrícola y en la importación de bienes podían invertir una porción minoritaria de sus ganancias en la nueva iniciativa de capital norteamericano; mientras que el Estado se comprometió a mantener una baja tasa impositiva y asegurar una mano de obra de bajo costo, en su mayoría femenina. Para el capital foráneo y la élite local esta era una inversión redituable. A cambio, el joven Duvalier exigió a las élites mulatas igualdad de trato, acceso a los mismos clubes y actividades sociales para los sectores de piel oscura; sin embargo, en lo privado el racismo siguió organizando la vida social, según se registró las relaciones endogámicas continuaron practicándose entre los terratenientes mulatos.

Al final, todos los intentos del duvalierismo terminaron siendo infructuosos. La tercerización de la industria de ensamblaje estaba destinada a fallar, porque ignoraba el impase existente en las relaciones de producción del mundo agrario. El decrecimiento de la producción campesina, la intensificación de la migración hacia la capital y las exoneraciones tributarias al capital norteamericano incentivaron el alza de los precios de vivienda, alimentación y combustibles. El escalonamiento de la crisis encendió la movilización social que no se tranquilizó hasta la caída del régimen. Pero Trouillot sostiene que en realidad fue una salida pactada para garantizar la continuidad de la estructura de poder, un golpe de Estado ejecutado con la venia de su principal socio extranjero, Estados Unidos, como medida de contención al malestar de la población. Aquello explicaría la tranquilidad con la cual la familia Duvalier y sus allegados abandonaron el país, llevándose sus pertenencias y un suculento botín económico. Mientras tanto, la raíz de la crisis sigue irresuelta.

Ahora bien, el libro se inserta desde el caso de la dictadura de los Duvalier en el debate sobre el Estado-nación. Trouillot cuestiona en el prólogo la ausencia de historicismo en su conceptualización. En su lugar argumenta que el análisis del proceso de creación, reproducción, mantenimiento y modificación del Estado está entrelazado con

contextos históricos y culturales específicos de cada sociedad. En esa dirección, para su análisis, recoge la conceptualización de Gramsci sobre el Estado como el contenedor de la sociedad política y el garante del uso de la fuerza y la coerción; a la vez, retoma la noción de sociedad civil, entendida como una compleja red de instituciones en donde el liderazgo pesa más que el uso de la fuerza. A cierto nivel, la distinción entre sociedad civil y sociedad política descansa en su contenido; no obstante, a otro nivel, hay instituciones o actividades que las entrelazan al punto de difuminarse sus fronteras, aparentando modos de organización social similares. En consecuencia, los Estados-nación de las sociedades periféricas a la economía global no nacen de la nada, desde cero, sino de entidades coloniales que más allá de su derrota limitan las emergentes posibilidades de nuevas reglas como la permanencia de reglas precedentes. Ese es el caso de la sociedad política de Haití, entrampada entre su reinserción en el sistema-mundo bajo condiciones dependientes y la herencia colonial de sus contradicciones internas, a saber, tres: la centralidad del sistema de plantación, la expansión del campesinado autónomo como alternativa y la continuación del racismo.

En relación con lo anterior, el autor coloca otro tema importante para la discusión; la concepción relacional del Estado debe reconocer que el proceso de formación de la nación puede tomar distintas direcciones: con el Estado, contra el Estado o en nombre del Estado. Este es un punto incisivo del libro que puede extenderse a los países no occidentales, en donde hubo y hay una discontinuidad entre ambos. Sin embargo, en ningún momento se convierten en variables autónomas. En la sociedad política se despliega una disputa por el contenido de la nación, por ciertos reclamos de homogenización en relación con el poder político. Por tanto, la nación no es política en su fundamento básico, pero sí lo es en la proyección del campo de disputa en el cual opera. Lo anterior tiene dos implicancias significativas. De una parte, la política alrededor de la nación no equivale a considerar la segunda como mera abstracción; todo lo contrario, la nación cobija un repertorio de referencias a un pasado y a revaloraciones de ciertos elementos culturales presentes los cuales influyen el comportamiento de sus integrantes. De otra parte, el contenido y el contorno de lo que definimos como una nación no puede concebirse como universal.

La tensión entre el campesinado y las élites mulatas en Haití son un ejemplo de lo anterior, ya que proyectos e intereses de cada grupo toman direcciones diferentes, contradictorias, entrando en tensión cuando interactúan con el Estado, consiguendo una homogenización siempre incompleta y en constante redefinición. De ahí que la nación es un reclamo político hecho en base a cultura e historia, más allá de que no exhiba una prometedora homogenización para quienes están en el marco de dicha contienda, en las sociedades periféricas en el sistema-mundo, la disyuntiva entre el Estado y la nación intensifican las tensiones sobre el Estado, ya que su legado colonial y su posterior inserción dependiente en el sistema-mundo producen condiciones para reivindicaciones de base histórica y cultural en aras de ampliar la esfera de lo político. Pero, como se delinea en el caso de los Duvalier, cuando hay una escisión del poder del Estado y la clase dominante, la sociedad política puede reaccionar de forma contraproducente a las demandas. Si bien existe una proclividad de las clases dominantes y los gobernantes a la articulación de diferentes formas de control social, esto no equivale a una hegemonía de liderazgo de la sociedad. Y el principal resultado es el debilitamiento de los lazos entre la sociedad política y la sociedad civil; en otras palabras, una mayor autonomía del Estado, desvinculándose de las clases sociales y sus luchas, las cuales no desaparecen, sino que toman un rumbo distinto, lo político deja de acontecer en la política, incluso puede que la segunda bloquee a la primera, escenarios propicios para la emergencia de alternativas autoritarias. A pesar de la distancia temporal y espacial del duvalierismo, el libro cuenta con aportes interesantes para la problematización del Estado y la nación en América Latina y el Caribe, sobre los cuales vale la pena detenerse a leer en contrapelo con nuestra propia experiencia histórica.

Yuri M. Gómez Cervantes

Pontificia Universidad Católica del Perú (Lima)

yuquios@gmail.com